

Experiencias

El educador de calle: una persona al encuentro de los excluidos

José Manuel de Oña
Educador Social. Licenciado en Pedagogía

Desde el espacio escolar no siempre se cubren las demandas educativas de todos los chicos y chicas. En ocasiones la escuela no es el espacio educativo más propicio y acogedor para vivenciar el fenómeno educativo. En este artículo se nos propone un espacio tradicionalmente inusual para educar: la calle. La calle como lugar de encuentro, y el educador de calle como persona al encuentro de los excluidos, pueden ser una magnífica figura que haga de puente entre el mundo excluyente y el mundo excluido. El autor con su experiencia, nos ilustra cómo vivir en este atípico espacio una enriquecedora relación educativa.

Quisiera explicarles de un modo sencillo mi experiencia de trabajo como educador de calle en un barrio excluido de Málaga. Quisiera hablarles de cómo se hacen allí patentes las formas de opresión sobre este tipo de población y cómo esas formas producen unas respuestas de resistencia en los sujetos oprimidos. Sobre todo, quisiera dejar patente a través de vivencias, las historias de exclusión, resignación y negación que existen en multitud de barrios. Quiero también, animar a todos y todas a acercarse a los jóvenes sin miedos ni prejuicios, pues tienen mucho que decir y necesitan de nosotros para poder crecer.

¿Cómo se palpaba la opresión?

La opresión sobre esta población puede detectarse en el momento en que uno comienza a entrar en el barrio; basta con echar un vistazo a tu alrededor y lo podrás comprobar.

El barrio en concreto (Las Castañetas) se encuentra ubicado a 20 kilómetros de Málaga, donde residen unas 600 personas y cuya existencia es bien difícil de conocer debido a que la barriada está totalmente perdida, como apartada del círculo "normal". Es decir, que o vives allí o no lo conoces.

Quiero destacar que estas viviendas sociales fueron creadas hace 10 años sobre un área rural a cuyos vecinos se les prometió toda clase de ventajas (líneas de autobuses, educadores, mayor dotación económica para la zona, mobiliario urbano, etc.) si accedían a la construcción de dichas viviendas. Hasta el momento, ninguna de esas ventajas han sido cristalizadas, y el ambiente en el barrio es malo ya que la población está fracturada entre los "antiguos vecinos" y los "nuevos vecinos".

La ubicación del barrio, como decía, es distante del núcleo urbano y se encuentra muy mal comunicada tanto en autobuses como en tren. Por todo ello, nos encontramos con que cualquier persona del barrio que quiera trabajar en

Málaga ve frenadas sus expectativas por la falta de un medio de transporte o al menos debe estar esclavizada a los deficientes horarios del transporte público.

En relación con esto, el paro registra un alto índice, cerca del 75% (Estudio de Necesidades. Las Castañetas. Cáritas, 1998). De este modo la economía sumergida es una de las actividades más frecuentes.

El barrio no cuenta con centro de Educación Secundaria, ni con centro de salud cercano, ni centro de servicios sociales, ni con comedor en el colegio de primaria. De esta manera, cualquier visita al médico o a la trabajadora social de la zona incluye viaje en autobús si no tienes medio de transporte propio, o "caminata" de 45 minutos.

Respecto al comedor, la zona sí dispone de un colegio de primaria, pero la dirección del mismo se ha estado negando, hasta ahora, a la creación de un comedor aduciendo falta de espacio. Por lo tanto, los alumnos menos privilegiados económicamente, casi todos los de las viviendas sociales, se ven en la necesidad de ser recogidos por un autobús e ir a un colegio a unos siete kilómetros de donde viven.

Las condiciones de salubridad son muy malas debido a la negativa de los trabajadores de limpieza a entrar en el barrio más de una vez a la semana, ya que se sienten amenazados por la población allí residente. El olor a cañerías cuando llueve es muy desagradable y las zonas verdes y de recreo brillan por su ausencia, no existiendo prácticamente ningún lugar donde los niños y jóvenes puedan jugar o realizar algún deporte.

Por último, prácticamente todas las familias residentes en el barrio sufren algún tipo de problemática: problemas con las drogas (tanto en su consumo como con la venta y distribución) maltrato (físico, psíquico, etc.) graves disfunciones de pareja, alcoholismo, etc. Esto hace que las relaciones padres- hijos sean muy negativas, llegando a convertirse la familia en un escenario de conflicto continuo, limitando el normal desarrollo de los chicos en sus casas y produciendo que huyan de ellas y hagan casi toda la vida en la calle, viviéndola como espacio de liberación.

Todas las realidades hasta aquí expuestas hacen que pueda decir que los chavales con los que estuve trabajando son jóvenes explotados; explotados tal y como define Martínez Reguera (1991): "Explotado es el joven que intenta ganarse un sustento, imposible a causa del paro; aquél que mamó en su infancia tales dosis de irracionalidad que no acierta a relacionarse sin violencia; o ese otro cuyas expectativas de vivir se ahogan en cerveza, barbitúricos y tragaperras".

Mecanismos de resistencia. Respuestas ante la opresión.

¿Qué mecanismos de resistencia utilizaban los jóvenes cuando llegamos al barrio ante las situaciones anteriormente descritas? Respecto al sistema educativo, la resistencia más patente era la de no querer asistir a clase (en especial los de 13 a 16 años). Se sentían continuamente apartados de la misma y "ninguneados" por ella.

También nos encontrábamos con chicos que llamaban continuamente la atención mandando señales: buscando consciente o inconscientemente la expulsión, la confrontación con los profesores y sintiéndose totalmente fuera del círculo "normal" en el que estaban sus demás compañeros. La mayor parte del profesorado vivían estas señales como amenazas y apoyaban el círculo "vicioso".

En los niños más chicos el absentismo era grande también, se negaban a ir a clase: lloros, riñas, peleas, carreras para no subir al autobús... Cuando podías

hablar con ellos acerca del porqué de sus negativas te respondían diciendo que el colegio no les gustaba y que allí no aprendían absolutamente nada.

Otra forma de resistencia es lo que yo llamo "sentimiento negativo de pertenencia al barrio" esto es: entre los jóvenes del barrio, el hecho de pertenecer a Las Castañetas les daba 'caché', prestigio, y se aferraban a esa idea procurando que la "mala fama" del barrio llegara lejos. Además, esto implicaba tener que pelear con chicos de otros barrios para demostrar qué barrio era el 'peor'. En este sentido, otra consecuencia era la de convertirse, al fin y al cabo, en un guetto.

Contaré una vivencia que ilustra este sentimiento del que hablo: se trata de un chico de 20 años. Madre alcohólica y prostituta, padre minusválido (sufrió un accidente laboral que le hizo perder el brazo y la pierna derecha) y consumidor habitual de chiné. Incluyéndolo a él hacen un total de ocho hermanos. Tal y como pueden imaginarse hay que añadir problemas múltiples y variados, pero el más grave es la falta total de salubridad de todos los miembros de la familia; el chico olía realmente mal y, en ese sentido, toda la familia era el "hazmerreír" del barrio. Bueno, pues al comenzar nuestro trabajo con él procuramos respetar su situación y decidimos acercarnos sin prejuicios. La estrategia empieza a funcionar. Un día, cuando ya llevábamos un tiempo en el barrio, quedamos para ir a Málaga a dar una vuelta, y él decidió venir; cuando apareció vino excelentemente limpio y aseado. Cuando le dije que así estaba muy bien y que por qué no se decidía a ir siempre de esta forma, la respuesta fue lacónica y clara: "Pues mira, yo voy siempre hecho una mierda porque este barrio es una mierda y uno tiene que ir de la misma forma que su barrio".

En ese instante no pude rebatir tal argumento pues estaba cargado de razón. De esta forma lo que para el común de la sociedad es símbolo de marginalidad y motivo de control para él se convertía en el mejor modo de sobrevivir y en la mejor de las maneras de protestar por la vida que le había tocado vivir.

Acción Educativa

Con este panorama en Septiembre de 1998 Cáritas Diocesana de Málaga y el Ayuntamiento llegan a un acuerdo para llevar a cabo en el barrio programas de mejora de las condiciones de los niños y jóvenes, entre ellos el programa de Educación de Calle, poniendo en el barrio dos educadores: un chico (el que les escribe) y una chica. Y ¿qué es un educador de calle?, utilizaré la definición que aporta la asociación ASETIL (1990):

El educador de calle es un profesional que recorre calles, bares, campos de juegos... en busca de chavales a los que ofrecer amistad, ayuda, apoyo, vivencias, etc., mantiene una actitud crítica con la sociedad y es un adulto cualificado que sirve de referencia al niño /joven, poniendo a su disposición los medios necesarios para que pueda concienciarse de su situación personal y del entorno. Es un educador social de medio abierto cuyo objetivo son los adolescentes y jóvenes con problemas de exclusión social, marginación, delincuencia y predelinencia utilizando una pedagogía de la relación.

Con la educación de calle se camina hacia la recuperación de las calles como lugar de encuentro y relación, como un espacio que, aprovechado educativamente, sirve de promoción personal y social. Apuesta por un modelo de intervención centralizado en la persona. Esto es, el sujeto con el que

establecemos la relación orienta toda la pedagogía de intervención. Más importante que dar respuesta inmediata a un problema será conocer, entender y establecer una auténtica relación basada en la confianza y en la comunicación, entender al otro en su totalidad. De esta forma supera otros modelos donde el protagonista es el educador o modelos que se centran únicamente en la resolución de problemas

¿Cuáles son los referentes teóricos del educador de calle? Desde mi punto de vista son tres: Paulo Freire, Lola Arrieta y Cesar Muñoz (L'Escola de l' Esplai). Freire (1969) señala que la pedagogía del oprimido, como pedagogía humanista y liberadora, tiene dos momentos distintos: el primero, en el cual los oprimidos van desvelando el mundo de la opresión y se van comprometiendo en la praxis con su transformación y, el segundo, en el que una vez transformada la realidad opresora esta pedagogía deja de ser del oprimido y pasa a ser la pedagogía de los hombres en proceso de permanente liberación.

Desde esta perspectiva, nadie educa a nadie sino que todos nos educamos unos a otros. La educación debe comenzar por la superación de la contradicción educador – educando, y debe fundarse en la conciliación de sus polos, de tal manera que ambos se hagan, simultáneamente, educadores y educandos.

Arrieta y Moresco (1992) nos indican tres apuestas pedagógicas para trabajar con jóvenes inadaptados:

Pedagogía de la competencia. Los muchachos son más que sus problemas.

Todos tenemos en nuestro interior aspectos más sanos que nos permiten funcionar bien y aspectos más enfermos que escapan al consciente y al propio control.

La tarea de re- construir la propia persona es un continuo arte que supone discriminar y rescatar para la vida y para la salud toda la energía positiva y creadora de fuerza vital que poseemos.

Consiste en no centrarse en los problemas, sino en la persona. Un ejemplo, al comenzar a trabajar con un chico no obsesionarse en que debe buscar un trabajo si no lo tiene, sino centrarse en su situación para que él mismo pueda analizarse y buscar posibles soluciones y alternativas.

Pedagogía basada en la acción. A través de las tareas construimos a las personas.

Todos nos proyectamos en aquello que hacemos. Cuanto mayor es la necesidad de afirmación y seguridad personal, más buscamos conseguirla apasionadamente a través de lo que hacemos.

Los muchachos vuelcan en las tareas esta expectativa en su totalidad.

Las tareas deben ser útiles, vitales (que respondan a las necesidades concretas de los chicos.), atractivas, asequibles y reconocidas, esto es, que tengan repercusión exterior, social. El reconocimiento externo es factor de integración.

Pedagogía basada en la relación y la palabra. Los muchachos aprenden lo que viven.

Todos aprendemos a mirar el mundo y valorar los objetos a partir de las relaciones con nuestros mayores. La asociación Asetil (1990) subraya que las condiciones desfavorables de vida son reveladoras de la presencia de verdaderos entornos carenciales en el que el menor experimenta dificultades considerables para insertarse en la sociedad.

Casi no es necesario recordar la importancia fundamental de la familia en el normal desarrollo del menor.

Esta pedagogía tiene que ver con la llamada “coherencia educativa” de las personas de referencia para los jóvenes.

No podemos pretender decirles a los jóvenes que hay que respetar cuando están viendo continuamente por parte de sus mayores faltas de respeto.

Aprendemos a construir la realidad social de valores y normas a través de la actividad rutinaria. La sociabilidad se aprende en esta práctica relacional cotidiana.

Por último, Muñoz C. (1996) nos señala la importancia de la “pedagogía de la vida cotidiana”, manteniendo que es una pedagogía que entiende que la vida cotidiana no debe ser algo banal y sin importancia sino que es donde se juega la verdadera educación de la persona y entran a escena todas las pautas de comportamiento más profundas.

La Pedagogía de la vida cotidiana es aquella que realiza una función de mediación entre el ser humano y la sociedad, entre la naturaleza y la sociedad y sobre todo entre el profesional y la persona a la que va dirigido su trabajo, con lo que se garantiza la relación educativa

Por todo ello, y teniendo en cuenta las bases pedagógicas expuestas hasta aquí, podemos afirmar que la metodología de intervención del educador de calle propone una intervención con jóvenes excluidos que tiene sus cimientos en no acercarse a los jóvenes desde un plano superior (“yo te educo, vengo a salvarte”) sino que influye y se deja influir, sabiendo que la vida diaria, muchas veces es la mejor de las escuelas: hay mil historias de frustraciones y marginación no buscadas ni deseadas que hay que desentrañar.

Por otra parte, procura relacionarse prioritariamente con los aspectos sanos de los muchachos, busca continuamente activar en ellos, a través de la tarea, todas sus funciones personales y utiliza el refuerzo positivo como herramienta permanente para la relación con los jóvenes.

Tiene conciencia de la importancia de la coherencia pedagógica (hacer lo que se dice) y les da la palabra a los jóvenes, permitiéndoles que hablen, y se sientan responsables y protagonistas en sus procesos vitales.

Por último, concede gran valor a la vida cotidiana, sabiendo que la vida cotidiana no es algo banal y sin importancia sino que es donde se juega la verdadera educación de la persona y entran a escena todas las pautas de comportamiento más profundas.

Es muy importante reseñar que otra de las claves importantes de la intervención radica en la relación educador – joven. Hay que tener en cuenta que el educador ahonda en el mundo interior del chico para que despierte sus mejores posibilidades. Para ello, le abre vínculos relacionales con la realidad, esto le enseña a manejarse, tanto externa como internamente con la naturaleza, la sociedad, sus pulsiones y la conciencia.

Desde estos principios hasta aquí expuestos, el trabajo que realiza el educador de calle son visitar por las mañanas las casas de los menores absentistas, “andar por la calle” para acercarse, hablar y jugar con los chicos, coordinar acciones educativas con los centros educativos de los chicos y procurar convertirse en figura de referencia para los jóvenes y el barrio.

El comienzo de nuestra tarea resultó un poco duro porque los chicos al ver a una persona extraña caminando por el barrio nos confundían con policía secreta, o pensaban que yo podría ser homosexual porque me interesaba por todos los niños; pero a medida que fueron conociéndonos empezamos a ser figuras de referencias para casi todos.

La petición más destacada era “búscame un trabajo”, ya que los jueves teníamos abierto nuestro local con El Anunciador y con publicación de los cursos del INEM.

Pero después la cosa fue a más: comenzó a gestarse un club juvenil en el que los chicos venían a jugar al ping – pong, a las cartas, o simplemente a estar tranquilos y dejar pasar el tiempo. Comenzamos a desentrañar graves problemas familiares entre padres e hijos. En este punto resulta curioso cómo los padres intentaban manipularnos – utilizarnos como medio de presión sobre sus hijos, pidiéndonos que amenazáramos a los chicos con que iban a ser retirados de sus casas si no cumplían las normas de sus padres, y les costaba mucho aceptar nuestras propuestas de negociación.

En este punto, recuerdo que nuestro principal objetivo era que ellos fueran los gestores del club juvenil, que los educadores de calle no fuéramos líderes. Para ello, hacíamos asambleas cada viernes para evaluar lo mejor y lo peor de la semana y hacer propuestas futuras de actividades y salidas. Algunas asambleas eran auténticos fracasos, pero poco a poco se iban acostumbrando a discutir allí todo lo concerniente al club.

En una de las asambleas se trataba el tema siguiente: Había un grupo de chicos que venían allí todas las tardes a bailar break-dance con su radio. Llegó un momento en que la música y el baile lo copaba casi todo y a los que no venían a eso les molestaba, con lo que se convocó una asamblea para tratar el tema: después de mucho discutir se hizo una votación a mano alzada para dilucidar si la música iba a seguir así o se vería restringida a un horario. Ganaron por 12 votos a 8 los que querían la música un poco más baja y con un espacio concreto para ellos.

Todo esto no quiere decir que las cosas fueran viento en popa: Chicos que parecían salir para adelante terminaban por echarse atrás, la venta de droga en el barrio aumentaba, etc. Pero tuvimos siempre la conciencia de que nuestra labor era permanecer allí como punto de referencia y ser ‘sembradores’, que los frutos ya vendrían y no teníamos por qué ser nosotros quienes los recogieran.

Al intentar organizar cosas para que el barrio comenzara a salir de su situación nos topamos con la grave fractura social que existía entre los habitantes de las viviendas sociales y los antiguos inquilinos del barrio. Para éstos últimos (aunque no para todos) nuestra presencia allí no aportaba nada, más bien dificultaba, pues lo único que hacíamos era “... estar sin hacer nada, sólo pasear” o se quejaban continuamente de los jóvenes y su música.

Aún así, logramos realizar ciertas actividades juntos (Fiestas de Navidad, reuniones de coordinación, etc.) pero aún a día de hoy continúan existiendo diferencias.

Pero bueno, volvamos a los jóvenes. De las cosas que más llamaban la atención (al menos a mí personalmente) era que cada vez que hacíamos algún tipo de salidas aquellos chicos que parecían comerse a todos, fuera de su barrio eran como pequeños niños cortados y con escasas habilidades. Estos chicos que para muchos maestros y demás profesionales eran “... pequeños demonios” fuera de casa acostumbraban a portarse muy bien.

Por otro lado, nunca olvidaré el trato que algunos “funcionarios de ventanillas” daban a los chicos y chicas cuando se decidían a pedir su tarjeta de paro o información sobre trabajos o cursos: desdén, prisas, etc. (en el fondo miedo a lo desconocido) lo que revertía negativamente en los chavales y en su idea de que era mejor no salir del barrio y quedarse en sus parcelas.

Este tema lo tocábamos bastante con los chicos y nuestro discurso era siempre el mismo: La vida es difícil, pero tú eres capaz de superar las dificultades y demostrar que puedes.

También es importante destacar la buena actitud de otros muchos profesionales (profesores, educadores, funcionario de oficina...) que se preocupaban con verdadera profesionalidad de cada uno de estos chicos, implicándose en sus vidas. Muy bien por ellos.

Otra de las anécdotas que ilustran todo lo que les cuento y la sensación de haber sido marcados por un tipo de vida de estos jóvenes: una tarde veníamos a Málaga con una chica con la que estábamos trabajando a una visita al hospital pues estaba embarazada. Mientras cruzábamos la ciudad con el coche, la chica en cuestión observó una serie de bloques recién construidos y dijo: "...en una casa como esa quiero yo vivir".

Los pisos en cuestión eran de un status alto, entonces yo le dije que esos pisos eran caros, que había que tener un estilo de vida concreto. Y ella me respondió con un 100% de inocencia: "Para gente como tú, que trabaja y es normal"

Había en esta respuesta una gran carga de "... yo no soy normal, nunca podré aspirar a un piso así". Repito que en la respuesta no había ni un ápice de reproche, más bien estaba cargada de toda la naturalidad del mundo, como el que da la hora a quien se la pide.

Este trabajo tiene una gran carga de frustración, pues uno descubre que hay situaciones que están tan enquistadas que es difícil desentrañarlas y para unos no eres más que otro profesional de lo social que vendrá y se irá en un momento dado.

Después de estos años yo tengo la sensación de haber recibido casi más de lo que he dado, que Las Castañetas marcaron mi vida profesional y ¿por qué no? la personal. Porque descubres que cualquiera de ellos podrías ser tú, que has tenido la suerte de nacer donde has nacido y con la familia que has nacido. No sé si pueden imaginarse lo que es vivir en una casa donde la porquería te inunde, donde tu padre le pega a tu madre o se droga en tu presencia.

Y es que todas las personas merecen un respeto profundo a su ser, pero este tipo de chicos más aún porque son auténticos supervivientes y "adaptados". Sí, adaptados a un mundo que los obliga a luchar o morir.

Desde aquí mi mayor admiración y aplausos a los educadores de calle que, hoy, siguen trabajando y haciendo un esfuerzo diario por vivir cerca de los que sufren.

Podría estar contándoles cosas y cosas, pero no quiero aburrirles, sí quisiera aportar desde aquí la idea principal que quiero transmitir: apuesten siempre por los jóvenes con los que trabajen, estén con ellos, escuchen, detecten, aprendan, déjense educar, y sean adultos sensatos.

Los jóvenes de hoy (todos: excluidos o no) necesitan personas sensatas a su alrededor, personas coherentes que hacen lo que dicen, y les dan la palabra, permitiéndoles que hablen, y se sientan responsables y protagonistas en sus procesos vitales.

Ánimo, la tarea es tan dura como bonita.

BIBLIOGRAFÍA

- Arrieta, L. y Moresco M. (1992) *Educación desde el conflicto. Chicos que molestan*. Madrid. CCS:
ASETIL. (1990) *Curso de educador de calle*. Vigo. ASETIL.

- Cáritas Diocesana de Málaga. (1998) Estudio de necesidades. Barriada Las Castañetas. Málaga. Cáritas.
- Freire, P. (1983) *Pedagogía del oprimido*. Madrid. Siglo XXI de España. Editores S.A.
- Martínez Reguera, E. (1991) *Cachorros de nadie*. Descripción psicológica de la infancia explotada. Madrid. Editorial Popular.
- Muñoz, C. (1996) *Pedagogía de la vida cotidiana*. Barcelona. L'Escola de l'Esplai.